

Nació la M^{te} Nicolasa en el Pueblo de Tacámbaro no muy distante de esta Ciudad y Capital de Pátzcuaro, el día cinco de Marzo de mil y setecientos y treinta; y no se si fué á la vida mortal ó á la espiritual de la gracia en el Sto. Bautismo ó si acaso fué á entrambas vidas. Sus padres fueron nobles y muy conocidos en esta Jurisdicción. Se llamaban Dn. Domingo Perez Santoyo, y Dña. M^{te}. Teresa de Torres, quienes aun cuando contrageron la alianza del Matrimonio, no tenían sobradas facultades, como el Sr. habia de darles numerosa sucesion, fué Su Magestad concurriendo providamente y dando eficacia á las mas activas diligencias á que desde luego se aplicaron uno y otro para adquirir hacienda competente con que sustentar y mantener las obligaciones muchas y graves que recibian sobre sus hombros de la mano de Dios. Su padre trabajó tan honrada y cristianamente en favor de sus hijos, que vino á hacerse dueño de dos haciendas de bastante valor conque pudo desahogadamente, bien que no sin muchos sudores y afan, mantener el lustre de su casa y dar estado á las mas de sus hijas, con todas aquellas ventajas que deseaba y pudo conseguir. Su madre fué como supe por acaso de dos personas fidedignas, una Matrona de gran gobierno en su familia, enemiga perpetua de la ociosidad aplicada con extremo á la buena educación de sus hijos, y por último de espíritu varonil y olvidada de la delicadeza de su sexo, ella por si misma trabajava incansablemente y sustituia las ausencias de su esposo, con lo cual ayudó mucho y en gran parte el aumento de los bienes de su casa. De tan buenos padres fué buena hija la M^{te} Nicolasa que ni era de los primeros hijos ni tampoco de los últimos.

Muy tierna era todavía, pues aun no se le quitava aquel primer sustento conque la naturaleza prove á las creaturas en el principio á un año de su edad. Desde entonces se mostró la amorosa Providencia de Dios, librándola de dos riesgos nada dudosos de la vida. Tenía su madre á la niña en brazos cuando advirtió que un alacrán le iba corriendo por encima y fué tan grande el susto, que sin saber lo que hacía, la arrojó sobre una tarima con recio golpe y sa-

lió á buscar gente. Bolvió la Sra. mucho mas asustada con otra hermana suya, pensando hallar muerta ó acabando á su hija ó á lo menos en gravísimo peligro de morir por la picada del venenoso animal; pero no fué así, sin duda por el vigilante cuidado del Angel Sto. á quien Dios desde su nacimiento la había encomendado, antes la encontraron sin lección alguna del golpe, muy alegre y riéndose y al alacrán muy lejos de allí que no la había dañado su ponsoña tan fatal para las creaturas. No menos dió á conocer el Sto. Angel su desvelo en otra ocasión porque siendo ya mas grandecita, pero de muy pocos años todavía, una tarde que se divertía con una pequeña criada de su casa, vieron que debajo del asiento en que estaba, con la inquietud de creatura había una horrorosa culebra enroscada, y con advertencia que admira en un caso repentino, la gritaron que no se moviera sin decirle su peligro, y obedeció la niña. En este tiempo fueron á levantarla con gran tiento y la libraron de que la mordiera con su veneno aquella serpiente. ¿Quien detuvo, preguntara yo, á la creatura en sociego para que no se moviera, y como no temia mal no le hiciese daño la culebra? ¿Quien avisó que no le advirtieran el riesgo y con el susto se inquietara? Ninguno dejará de confesar la custodia solícita y la admirable proteccion de Ntro. Sr. en conservar aquella vida que había de ser para tanta gloria. Yo bien se que no son tan singulares estos beneficios de Dios que no puedan muchas personas contar algunos semejantes; pero debo decir que no habiéndolos olvidado la M^{te} Nicolasa con la fea nota de ingratitud; sino antes correspondido con agradecimiento y bendiciones continuas al Sr. valoran su precioso ellos mismos y esmaltan sus virtudes con notable diferencia. En este tiempo Dña. M^{te} Teresa de Torres su madre, se vió precisada á entregar esta prenda que le tenia fiada el cielo, por sus vivas instancias á su hermana Dña. Jacinta de Torres, quien vivía con otro hermano de las dos Ecco., Dn. José Antonio de Torres. Mucho agradecieron los dos la confianza de su hermana de fiarles á la niña, y desempeñaron en su educación y cultivo la obligación que no podían menos de conocer muy bien cuando se les acababa de depositar un tesoro. Tal es la inocencia primera de una niña de ilustre nacimiento, que se ha de criar con delicadeza y ternura estrivando todo en los dos ejes de amor y respeto que deben á quienes los educan estas creaturas para que revolviendo con seguridad tan prolija máquina, se logren los presagios que anuncia su natu-

ral con feliz suceso. No es facil decir el esmero que desde luego puso Dña. Jacinta en la crianza de su Nicolasa, que mas conociendo la bella índole con que suavemente se atraia las voluntades. Para esto baste solo que una Sra. de virtud se ocupaba unicamente y atendia á criar una sola niña de su misma sangre, que poseía todo el amor cristiano de su corazon y la miraba mas que si fuera hija de sus entrañas. Y aunque hubiese algun consentimiento nesecario al fin con las niñas de los ojos, que son muy delicadas, pero siempre seria en cuanto no perjudicara, ni á la salud ni al decoro que correspondia á la niña despues de tales encargos de sus padres, sino solamente por complacerla el gusto para que estuviere con suavidad mas sujeta y rendida. Yo me persuadia que esta Sra. siendo tan eficas y con extremo amante de su Nicolasa, no habria de haber encomendado, (no) á otra persona la enseñanza de la labor, sino que supuesta la instruccion en el leer que se hace en lo mas tierno de la edad, tomaria por si misma este trabajo con gusto. Y fue así: siendo este un gran beneficio que Dios le concedió, para que mas en breve se perfeccionara y aprendiera, lográndose con mas seguridad el fin de su buena crianza. El Padre su tío, ayudava por su parte y concurría con su hermana á formar en aquella tierna edad, blanda cera en que facilmente se imprimió lo bueno que entra por los ojos y la enseñanza que perciben los oídos, un asombroso prodigio que todos admiran, en las gracias, compostura y modestia de la niña. En efecto, ella se crió en una rara inocencia que se traslucía en las buenas inclinaciones que mostraba. Nunca se veía apartada del lado de Dña. Jacinta, teniendo á la vista siempre el original que había de copiar en si, con lo cual salió un vivo trasunto, una acabada imagen de las prendas de esta Sra. en su estado de doncella, pasó al estado del matrimonio Dña. Jacinta con Don Silvestre de Arriaga, y entonces recobraron á la niña Nicolasa, sus padres estando ya muy bien criada, porque estaba prestada nada mas, y con limitación. Hubo de por medio muchas lágrimas de ambas á dos, tía y sobrina; pero como es incontrastable el derecho de los padres, al fin no se si bien enjutos los ojos que es muy difficil de creer, ella volvió á su poder. Fué de grande alivio para su madre porque ya vencido todo el trabajo, no tenía mas que dar ordenes para ser ejecutadas, en todo la hallaba obediente y buena hija.

Por este tiempo frecuentaba los Stos. Sacramentos de Confesión

y Comunión, teniendo su confesor asentado, quien me ha informado en carta muy favorecida que descubria por entonces unos fondos de virtud que le causaban admiración. Ella no era de cortos alcances, sino de capacidad y viveza bastantemente proporcionada á su sexo, y con todo prevenida singularmente de la gracia, no torció sus talentos hácia la malicia, ni el enemigo del género humano logró engañarla. No advirtió los lazos que se le tendían, ni los engaños, y no por otra causa, sino por la profunda y rendida humildad, pronta y ciega obediencia con que se sugetaba á su confesor. Porque el demonio no juega las armas á cara descubierta, ó por temor de ser vencido al mismo conocerlo, ó por la necesidad que tiene de especies ajenas de la razón bien ordenada las cuales abran los ojos; sino que á los principios todo se aplica á facilitar la entrada. Medio sumamente peligroso. Mas cuando ha encontrado este astuto enemigo engañador de las almas, con una niña doncella inocente, como era en esta edad la M^{te} Nicolasa, de una gran limpieza de corazón y plena confianza para con su confesor, entonces nada pueden sus artificios, no hay que temer estrago alguno, porque el Director prudente halla en su alumna claridad de conciencia para gobernarla, necesaria inclinacion para que la oiga, humilde sugestión para que no le resista, y obediencia determinada para la ejecución de sus mandatos. Y he aqui como necesariamente se guarda y conserva la inocencia de una niña y sin que pueda sentirlo hasta que la reconozca con madura reflexión despues de algun tiempo queda preservada de la ruina. Esta admirable conducta, que por beneficio de Dios muy singular, logró la M^{te} Nicolasa, en el paso mas arresgado de la vida, ya porque brotan entonces las paciones con toda la fuerza del primer ímpetu, ya porque sin ninguna experiencia, el discurso no es sólido ni acentado el juicio, fué tanto mas estimable para quien sabe valuar su precio, cuanto la direccion se hace mas suave y sin necesidad de los dolores y violencia de la cura, se deja una niña conducir ciega pero mas seguramente, del P^{te} espiritual, á su Creador y Redentor Jesucristo.

Inclinabase mucho á los ejercicios de piedad y daba no poco tiempo á las oraciones vocales que siendo tan congeniales al devoto sexo, es un logro del tiempo que con santa codicia buscaba, y el empleo de una cosa que no debia perder, pues nunca se puede reparar. Lo demas ocupaba, ó en ayudar á su madre en las cosas domésticas, ó en la costura, en que su aplicación consiguió bien

considerables ventajas. Así llegó á los diez y siete años de su edad, sin tener impreciones que pudieran distraer su virginal pureza, limpia en alma y cuerpo como testifica el R. P^e Presidente Fray Francisco Xavier Covarrubias, quien todo este tiempo la estuvo confesando, segun arriba deixo insinuado.

Por entonces se estaba fabricando lo material del Convento para cumplir la voluntad manifiesta, de la Sma. Reyna Ntra. Sra. de la Salud que pidió ser obsequiada y servida de Religiosas Dominicanas, en su Santuario, á las mas vivas y eficaces diligencias del Sr. Dn. José Antonio Eugenio Ponce de Leon Cura Beneficiado por su Magestad de esta Ciudad y Jurisdicción y ahora Vicario Visitador del mismo Convento, y sobre todo Fundador amplisimo y bienhechor insigne, pues cuánto tiene en todas lineas, se debe á su incansable solicitud. Fundose el Convento el mismo año de 1747 día 15 de Octubre, consagrado á la Seráfica Doctora y Gloriosísima M^{te} Sta. Teresa de Jesus. Se hicieron las fiestas solemnissimamente, en las cuales compitiendo la piedad y magnificencia de los nobles ciudadanos, con la generosidad y sublimes pensamientos de quien era el primer movil de todo, y ya con esto digo todo, el Sr. Cura, no habia mas que abrir ojos y mirar, como se suele decir y todo servia de un embelezo para las Sritas. de la Ciudad que tienen proporción de ser religiosas. Una de estas era la Madre Nicolasa.

El dulce atractivo de las Sras. Religiosas fundadoras, casi sin libertad le robaba el corazon, y se tenia por dichosa cuando lograba hablar con alguna. La celebridad con que se festejaban las entradas de las nuevas religiosas encendia mas y con peso inclinaba su voluntad, obligandola á suspirar y hacer muchas instancias como quien estaba fuera su centro y no anhelaba por otra cosa que descansar en él. Este fué el mayor beneficio que recibió de la Divina Providencia y por él se le encadenaron misericordiosamente con que el Sr. la colmó con grande abundancia por toda la vida hasta la consecución de su último fin.

De su vocación religiosa hablo acerca de la cual noté con mucha edificación mia, que siempre que incidia la conversacion de este punto, que no fué muy pocas veces cuando la tratava, al punto se desatava elocuentemente en muchas expresiones y tan vivas que mostraban bien su singular aprecio y estimación del estado sublime á que la habia elevado sin mérito suyo como es verdad y ella

confesaba, Jesucristo Ntro. Sr. Díjela una vez lo que su Magestad nos enseña en el Evangelio: que nosotros no elegimos al mismo Sr., sino que su Bondad nos escogió, y por tanto debiamos tener impresa esta elección altamente en nuestro corazón, para eterno agradecimiento. Entonces mismo volvió ella y me dijo, que poco antes de entrar religiosa, otra parienta suya lo deceaba tan ardientemente que no dejó piedra por mover; pero que se ofrecieron tales dificultades, que no pudiendo vencerse, no habia conseguido el ser religiosa. Y cuando ella desprendió sus labios para decir queria serlo, sus padres lo celebraron mucho y le significaron gustosamente su grande complacencia: luego se allanó todo, se emprendieron las diligencias y se logró con felicidad su fin.

Ponderábame no pocas veces, el gusto y contento con que vivió en la religión, las ventajas que tenia en ser religiosa, y confieso que me daba muy notable gusto y consuelo el oírle estos discursos. Razon porque cuando se me ofrecia motivo particular de comunicarlo, las mas veces movia esta plática. Entreteniase cuando yo le decia, por imbuirla en el método que me parece debia seguir en el gobierno de su alma, que no temiera tratar á Ntro. Sr. Jesucristo, con la tierna y amorosa expresion de Esposo, pues era esto nomas de confesar gloriosamente la benigna y soberana dignación de su Magestad que se complace en el fiel amor de sus esposas. Explicábale yo tambien el dicho tan celebrado del Glorioso P^e San Cipriano en que llama á las vírgenes que se consagran á su Dios y Sr. por esposas, lo mas escogido de la grey ó rebaño del mismo Jesucristo. Porque siendo la mas elegante prueba que puede colocar en tan ventajoso puesto el amor, este que en los primeros años de una muger suele andar inquieto y muy dudoso en una religiosa que entra en tierna edad, se conoce bien que muy presto se fijó allí donde solo debia permanecer. En el Claustro de un monasterio solo se piensa en las cosas de Dios y como se ha de agradar á su Magestad nos enseña el Apostol: solo se pone el amor en quien infinitamente se lo ha merecido que es el Divino Esposo hacen temprano las religiosas, lo que han de hacer las mugeres todas algun dia para ser contadas en el número de los escogidos, que es unicamente amar con todo su corazon á Jesucristo Ntro. Sr. Todo esto conservaba en la M^{te} Nicolasa, aquella estima que tenia en su pecho, profundamente radicada de su vocación religiosa.

Puso el Sr. en competencia su amor, despues que ya habia oido

esta alma su voz y la llamaba al estado de perfección. Y cuan bien salió de la prueba. Despachaba su padre á México por los abios necesarios y pedia terciopelo negro para que su hija vistiera esta gala, que aquí es distincion de las Sras. que tienen posible y descanso. No podia ser mas halagüeña y por tanto mas fuerte la tentación, con que la quiso probar Dios por medio de su Padre. Una niña doncella, en sus primeros años parece que no tiene mas de ceos que lucir. Mas ¡qué otros eran los pensamientos de Nicolasa!

Luego que entendió esto, voló á su padre, le suplica y le ruega que solo le traigan el ipre, conque se le habia de hacer el hábito de Monja y lo demas necesario para esto. Muy edificado su padre y convencido manifestamente de que era la vocacion de buena prueba, hizo aquello mismo que le pedia su hija. Ella eligió entre el terciopelo y el ipre, aquel renuncia y este aprecia. Acertó: ¿quien podria dudarle? pero tampoco negarlo que su acierto no perdía de lo que ven los ojos, sino de la imprección de la gracia que inclinó su voluntad.

Con gran prudencia sus padres determinaron que entrara primero de niña en el Convento para que viera primero por sus ojos la vida que abrazaba, las distribuciones y ejercicios en que se habia de ocupar, y nunca resultara habia sido veleidad, lo que se pensó era vocación. Admitió luego sin detenerse el partido que se le propuso y entró en el Convento muy gustosa y cada dia lo fué estando mas.

Observaba la modestia y compostura de las religiosas y esto le apricionaba el corazón. Advertia la suavidad con que todas seguian el tenor de vida y sus empleos, notaba la caridad con que todas se trataban, aquella unión de voluntades indisolubles con que nada parecia difícil y todo era muy hacedero. Entraba un poco mas dentro en el silencio de la noche y reconocia su conciencia serena y sosegada advirtiendo que pasando el dia en santas ocupaciones y no sin mucha diversion por la variedad, en la quietud, en donde las sombras mas pequeñas se abultan y mas cuando venia del corto recinto de su casa, á la dilatada esfera del Convento, hayaba no haber desagradado á Dios y sin temor alguno, llena toda de alegría, descansaba con el alivio del sueño. Esto es, concluia, habitar en la casa de Dios y para mayor confianza tambien en la de Maria. Así la prueba de su vocación le sirvió de confirmación mas segura en ella de que allí la queria Dios, donde se le mostraba tan suave su

Magestad para que sin dificultad **que** no hubiera de vencer se empleara en seguirlo llevando su **Cruz**. Con esto no sufría detenciones su deceso, multiplicó instancias **á** su padre y cada momento le parecia un siglo.

Pocos meses fueron estos, **porque** para el dia 15 de Abril del año siguiente á la fundación, el de 1748, se determinó su entrada, la que se celebró con toda la magnificencia posible, y nadie con mas alegría que ella misma, pues celebraba logrado el anhelo de su corazón. Recibiola despues de acabada la función de Iglesia su Madre Maestra que fué la M. R. M^{te} Sor M^{te} Ana del Stmo. Sacramento, hoy dignísima Priora del Convento; y la primera diligencia que practicó con su Novicia, fué llevarla al Camarin, y ponerla debajo del manto de Ntra. Sra. de la **Salud** para que allí comenzara su Noviciado donde habia de vivir eternamente. Así lo hacia con sus novicias la R. M^{te} Maestra y á eso atribuiré yo la felicidad que tuvo su mano en la constancia de todas sus hijas. No se la razon que gobernaba á la R. M^{te} para una acción si piadosa, digna tambien de que se forme juicio correspondiente sobre ella. Yo me persuado seria aquella revelación que debe insinuarse hasta el alma, con íntimo consuelo y suavisar las asperesas de la religión, luego al punto, que debia ser frecuentemente cuando ella se ofrece á la memoria. Esta es cuando á su Gloriosísimo P^{te} y Patriarca Sto. Domingo de Guzman, arrebatado en espíritu á los Cielos, vió la felicísima poceción de todo bien que gozaban en la gloria los Bienaventurados con la vista clara de Dios. Muy admirado y gustoso estaba con aquella visión; pero todavia vuscaba solícito P^{te} por una y otra parte, recorriendo todos los órdenes y Coros, no descubriendo alguno de sus hijos, pero tampoco alguna de sus hijas. Con lo cual lleno de amargura, lloraba profusamente sin término que solo tenia animo para mirar á Maria por si allí en su inagotable piedad encontraba consuelo. Entre tanto, descogiendo el manto de la Sma. Reyna de los Cielos, dos Soveranos espíritus y elevándolo un poco hácia ambos lados, vió allí su innumerable descendencia gozando de inmensa gloria y aquí, le instruye el Angel del Sr., es donde han de tener su bienabenturanza tus hijos é hijas. Yo no tengo palabras bastantes con que ponderar, cuanto ella merece tan gloriosa revelación y las toscas y mal tomadas razones que acaso podria traer, impidieran la penetración mas íntima que lograra con mi silencio en quienes se interesan tanto en ella. Mas como toda-